



Al corrente

CHRISTOPHE VAN GERREWEY

alianza **Literaria**

Christophe van Gerrewey
Al corriente

Traducción de Julio Grande

Índice

[Al corriente](#)

[Créditos](#)

Ve ahora tambaleándote hasta aquella que no conozco.

HUGO CLAUS

Debería introducirte en esta primera frase como ese pañuelo que, lleno de pliegues, permanece oculto en un puño y, a continuación, un payaso saca transformado en un ramo de flores. Como se hace en una carta: la cualidad más importante expresada con un solo adjetivo (algunas veces precedido de un adverbio) y luego el nombre del destinatario, que no es necesariamente el nombre que todo el mundo conoce, sino que a menudo indica la relación que existe entre remitente y receptor. Semejante alusión no es posible por muchas razones. Ésta no es ninguna carta y, por eso, se me dispensa de la obligación de aludirte y resumirte; de resumirnos a los dos y lo que ocurrió entre nosotros. Éste es un tipo de texto en el que se aplican otras reglas.

*

Estoy en una casa que conoces muy bien, en la compañía excepcional de alguien con quien has convivido en plena intimidad, quizá no durante mucho tiempo, pero lo suficiente. ¿Hasta qué punto una persona puede llegar a conocer a un gato? ¿Cuánto tiempo, cuántos acontecimientos deben pasar antes de que te familiarices con un animal y, de esa familiaridad, qué es lo que te llevas dentro después de haberte despedido? Durante todo este mes viviré en esta casa, que no es la mía, sino la de unos amigos que se han ido cuatro semanas de vacaciones. Porque no pueden llevarse a Ratoncito con ellos, porque hay plantas en la casa que hay que regar, porque los peces no sobreviven en la pecera sin escamas de alimento artificial y agua fresca, porque el correo se acumularía y el buzón se llenaría, obligan-

do de este modo al cartero a devolver las cartas al remitente, porque no me importa vivir durante un tiempo en otro lugar, aunque sea en las afueras de Gante, en la periferia de la ciudad en cuyo centro habito... por todas estas razones viviré aquí en agosto como también viví aquí el mes de agosto del año pasado con Ratoncito y contigo, en esta casa, en estas habitaciones. Seguro que todavía conservas algunos recuerdos.

*

A través de la ventana del primer piso veo un edificio alargado de ladrillo que delimita el pequeño jardín trasero y detiene la hierba, los arbustos y el árbol solitario, controlando su expansión; que empieza y termina a derecha e izquierda fuera de mi campo de visión y que se halla coronado por una serie de tejados inclinados y asimétricos que van sucediéndose como los dientes de la hoja de una sierra: una sierra gigantesca con la que sería posible separar un trozo de terreno del mundo. Detrás sobresalen altos abetos, cercanos entre sí, que forman casi un pequeño bosque y, a lo lejos, puedo divisar un edificio blanco de apartamentos que descuella justo sobre la hilera de árboles. Éstas son las lindes de Gante, justo antes de que empiecen las divisiones administrativas de los edificios y el espacio adopte otro nombre. «Es muy guay poder vivir aquí contigo y con Ratoncito, y es una casa fabulosa en la que podré trabajar de maravilla..., pero es una lástima que nos encontremos en los suburbios —como lo expresaste de una manera que no dejaba nunca de sorprenderme—, los suburbios, pese a que Gante en su conjunto es una ciudad sumamente suburbana que ni siquiera se merece el título de ciudad. En Gante no ocurre nada o, si acaso, una sola cosa al mismo tiempo. Si estás en Gante y te preguntas una tarde qué podrías hacer, siempre te encuentras con una única posibilidad, a no ser que tengas una suerte enorme y entonces se

te ofrezcan dos posibilidades. No estoy hablando de la calidad de esa posibilidad o de esas dos posibilidades, aunque eso es algo que convierte a Gante en una ciudad *inhabitable* para mí, ya que ella presupone que a sus habitantes no les gusta nada elegir y entonces elige por ellos. De este modo, Gante es una ciudad con períodos, y en esos períodos está claro lo que ocurre, y se espera que a quien no le guste lo que se ofrece en ellos abandone la ciudad. En momentos puntuales aparecen los diferentes grupos de usuarios de la ciudad como insectos a una temperatura determinada (estudiantes, turistas, alcohólicos, amantes del ciclismo, activistas medioambientales, aficionados a la gastronomía, corredores de maratón y paseantes), siempre justo a tiempo para aguardar el disparo de salida de su acontecimiento. No hay lugar en esta ciudad para las cosas que se presentan sin disparo de salida y, por eso, Gante me resulta inhóspita, y los suburbios de Gante son, naturalmente, mucho peor siempre y cuando eso pueda llegar a ser posible. Aquí no ocurre nunca nada, pero todos sus habitantes creen que viven en una ciudad. ¿Qué está haciendo aquí la gente en realidad? En los suburbios, y desde luego en los suburbios de Gante, la vida real carece de sentido. Lo curioso y lo *insoportable* es que las personas aquí no son conscientes de la situación, manteniéndose por el contrario atrapadas en una red de sociabilidad y camaradería. Está bien que podamos quedarnos un par de semanas, aunque no podría soportarlo mucho más tiempo.»

*

Nuestra estadía en esta casa el año pasado no duró mucho, en efecto. Tan sólo la primera vez que estuvimos juntos en un lugar fueron hilvanándose los días de manera que la estancia no se interrumpió antes de tiempo.

Nos habíamos conocido unos años antes en una fiesta de cumpleaños de amigos comunes, pero no se te ocurrió

hasta bastante después que te gustaría pasar más tiempo conmigo, cuando convenciste a esos mismos amigos comunes para que nos llevaran con ellos de vacaciones, si bien por entonces no podía hablarse de ningún «nos». Fue ésa precisamente la razón por la que se organizó ese exitoso viaje años atrás: para insuflarle vida a ese «nos», para procurar que desde entonces pudiera hablarse en cada momento del día de un «nos», para que nosotros, de manera ficticia o no, pudiéramos charlar, deliberar, pedir aprobación, intercambiar opiniones y verificar deseos continuamente entre nosotros. Cuando me invitaron nuestros amigos comunes, me pregunté si tras su invitación no habría intenciones ocultas de tu parte, y, aunque con toda modestia veía como un sueño esa suposición, seguí manteniéndola, y tal vez fue la que procuró incluso que yo accediera a la invitación por curiosidad. En todo caso, me confirmaste más tarde que habías puesto en mí los cinco sentidos sin reserva y con una tenacidad tan admirable como inexplicable, y que tu plan de conquista, con una pequeña excepción aquí y allá, salió a pedir de boca, algo que considerabas uno de los mayores logros de tu vida, al menos en el momento en que, volviendo la vista atrás, me pusiste al corriente de ese plan.

Durante ese viaje permanecimos en un barco que se encontraba atracado en una bahía ante la costa de Creta y era propiedad de la familia de nuestros amigos comunes. Poco después de que dejara el avión nuestro grupo, integrado por una pareja y dos conocidos que a la sazón debían convertirse en pareja, me vi en la tesitura de tener que afrontar el hecho de que mi equipaje no había viajado con nosotros en la bodega de carga. Me quedé esperando en la cinta transportadora. Las corazas negras de goma no se detenían, pero seguían vacías; no salía nada más y, sin embargo, tampoco yo me atrevía a dar por perdido definitivamente mi equipaje, hasta que te acercaste a mí sonriendo y

me diste permiso para utilizar tu ropa durante un par de días.

El barco en el que nos alojábamos estuvo todo ese tiempo anclado; una sola vez nos hicimos a la mar durante medio día sin un destino preciso, sólo para poner un poco en marcha el motor de la embarcación. El resto del tiempo el barco se quedaba flotando y en relativo reposo, sin moverse, por tanto, más que un par de centímetros a derecha, izquierda, adelante o atrás, pero al mismo tiempo sin permanecer nunca inmóvil más de un par de segundos. Día y noche se nos zarandeaba suavemente, como si estuviéramos en el cochecito de un bebé que necesita que lo mezan para poder dormir.

Poco a poco fue quedando claro durante esas vacaciones que tus deseos también existían más allá de mi imaginación, y poco a poco les iba concediendo yo cada vez más posibilidades de realización. Una tarde, me encontraba completamente solo tendido en el agua sobre una colchoneta cuando primero oí, y a continuación también vi, cómo aparecías tras el barco impulsándote con los brazos hasta que tu colchoneta transparente, al igual que tu cuerpo, se detuvieron en paralelo con mi colchoneta y mi cuerpo. Me quedé mirándote y luego me concentré de nuevo en mi reflejo en el agua, que de vez en cuando tocaba con un pequeño golpecito de los dedos para provocar estremecimientos concéntricos, semejantes a los que el aire produce en el desierto al recalentarse por el calor del sol. Sin poder establecer contacto visual, tú también extendiste la mano por encima del canal que discurría entre nuestras colchonetas y, luego, me cogiste la mía. Durante algunos minutos, nuestras respectivas manos pasaron a encontrarse de manera alternativa, la tuya en la mía o la mía en la tuya, como si estuviéramos examinando conchas y moluscos e intentáramos limpiarlos de arena con el agua. Seguíamos sin mirarnos. Las colchonetas iban acercándose cada vez más, mecidas por las olas, y el sol había comenzado su descenso

cotidiano. Estaba claro lo que ocurriría entre nosotros, pero lo que todavía no estaba claro era cómo.

Entonces oímos que alguien nos llamaba desde el barco. Nuestros nombres sonaron brevemente el uno detrás del otro y, cuando la llamada se repitió, se colocó la conjunción «y» entre los dos. Nos miramos, primero en la superficie del agua y luego en la realidad. Mi equipaje había llegado al aeropuerto.

A diario, la escena sobre las dos camas de agua se repetía como un eco, cada vez en posiciones y circunstancias distintas, en la litera de la bodega del barco donde dormíamos, bajo un olivo que ya no tenía hoja alguna y apenas daba sombra, a la mesa del comedor, junto a una ventana redonda a ras del nivel del mar... hasta que por fin, durante un breve bache aéreo, nos besamos por primera vez, en el avión, poco después de que el morro de la aeronave hubiera perforado una oscura capa de nubes para comenzar el aterrizaje en Bélgica.

*

Hace un momento oí cómo metían algo por la ranura del buzón. Es demasiado temprano para el cartero, así que debe de ser el periódico. Mis amigos están abonados a *De Standaard* y, como no les he dicho que es un periódico que no soporto, no han solicitado la baja temporal durante las vacaciones. Aunque estoy seguro de que también esta edición de *De Standaard* me pondría de mal humor nada más verla, es muy grande la tentación de levantarse, bajar por las escaleras y mirar lo que aparece en la primera página, lo que a pesar de todo quizá ya se haya filtrado dentro del periódico en el ámbito de la cultura y el espíritu, ver si se le presta atención a temas o personas que todavía no han sido triturados de manera mecánica por los demás medios de comunicación hasta convertirlos en polvos con sabor a ceniza, lo que sale a la palestra hoy en día en el círculo vi-

cioso de la crisis mundial y se nos presenta como noticias, y comprobar quién considera tan necesario publicar sus opiniones completamente superfluas y trasnochadas al respecto, opiniones que son incapaces de cambiar nada, porque se han envasado al vacío en el medio en que se encuentran. No..., acabo de empezar, así que tengo que seguir aquí escribiendo.

Sin embargo, podría combinar ese descenso con otra taza de café. Estoy bebiendo el mismo café que el año pasado —puede tomarse casi literalmente—, ya que he encontrado uno de los paquetes que compramos entonces; es un paquete que se ha quedado aquí durante todo este tiempo abierto pero sin que nadie lo tocara. La pareja que vive aquí —es decir: mis amigos— no hace café, al menos no de la manera clásica con agua caliente y granos molidos. Utilizan cápsulas que introducen en una máquina cuyo mecanismo insufla a través de ellas agua templada con poca fuerza y cierta irresolución. Tú profesas una profunda aversión a la bebida resultante de ese proceso, y yo también. Una sola vez, la primera que nos despertamos aquí, intentamos beber de ese café encapsulado y fue algo que nos acarreó consecuencias desastrosas: estuvimos malos hasta el mediodía, se nos arruinó la mañana y nos vimos obligados a pasar las horas más bellas del día suspirando, deprimidos y con náuseas, acudiendo con frecuencia al baño, a veces incluso a la vez, porque daba la sensación de que nuestros estómagos estuvieran a punto de vaciarse bruscamente, pero sin que nos fuera concedida esa liberación.

Por eso decidimos entonces no volver a beber nunca más café encapsulado y compramos un lote de cuatro paquetes de café en el supermercado. Este último paquete de nuestro aprovisionamiento, aún medio lleno, se encuentra todavía aquí, en el armario; lo habían cerrado con una goma y esa goma estaba pasada, lo que hizo que se rompiera cuando tiré de ella para quitarla. He descubierto el

café con sorpresa tras haberme despertado aquí por primera vez, en el oscuro dormitorio de mis amigos, detrás de la habitación donde estoy ahora; es un dormitorio pintado de negro, sin ventanas, que a través de una gran puerta doble da a una estancia que linda con la calle; en esa habitación sólo hay una cama de matrimonio grande, como bien pudiste apreciar; estaba claro —fue lo que sugeriste— para qué sirve esta habitación y qué debe ocurrir aquí.

Supongo que no se ha pasado ya la fecha de caducidad del café; por desgracia, me resultó imposible verificarlo, porque el sello donde se encuentra la fecha estaba justo en el lugar por donde se abrió el paquete. Aparte de este café, no dejamos huellas visibles, e incluso esta huella visible del café será eliminada por mí dentro de pocos días.

*

Ayer de madrugada, muy temprano, partieron mis amigos con el coche. Su intención era conducir veinticuatro horas sin parar, atravesando Europa para después, ya de noche, tomar el barco con rumbo a una isla del mar Mediterráneo. Por un pelo no pudieron llevar su plan a buen fin, me lo comunicaron ayer por medio de un mensaje de texto: el barco acababa de zarpar cuando llegaron al puerto, hora y media más tarde de lo planeado debido a un atasco de tráfico. Apenas vieron cómo la silueta iluminada del trasbordador iba haciéndose más pequeña y después desaparecía en el horizonte.

Llegué ayer a eso del mediodía. Las llaves de la casa me las habían metido en el buzón muy de mañana, antes de su marcha. Ya cuando abrí la puerta de la calle percibí el olor, un olor que parecía ser completamente idéntico al olor del año pasado. Durante todo el año he estado viniendo de visita con regularidad y, por ejemplo, celebré aquí —o al menos hice acto de presencia— el fin de año, y nunca antes me había llamado la atención ese olor, como si fuera un

olor que formara parte de la casa, de las habitaciones vacías, los muebles sin usar y de Ratoncito, como si fuera un olor que sólo se manifestara después de haberse marchado los moradores habituales y después de que me hubiera instalado yo aquí.

Difícilmente podría llegar a describir las características y los detalles de ese olor, si bien creí reconocer en él algo que asocié indisolublemente con los pesticidas y, más en concreto, con el tipo de líquido insecticida de cuyos frascos vaciamos el año pasado una buena cantidad por todos los rincones de esta casa. El olor es químico, acre, agresivo, es un olor que parece apuntar a una huida y que podrías asociar con el pánico, porque resulta claro que existe un peligro en el lugar donde se percibe ese olor.

Cuando entré ayer, Ratoncito vino a mi encuentro sin vacilaciones. Oí que sus maullidos se hacían cada vez más intensos y, para mi sorpresa, no se arredró ante mi presencia: él no podía haber sabido que era yo quien acababa de entrar en la casa, ¿no? ¿Se habría pensado que yo era uno de sus dos amos? ¿Se acordaría de mí todavía del año pasado o de las visitas que suelo hacer a esta casa? ¿O será que simplemente se amolda, de manera automática e inconsciente, sintiéndose incluso a gusto con cualquiera que, por medio de un manojito de llaves, esté autorizado a acceder a esta casa? Al menos, parecía como si hubiera olvidado a mis amigos, que estaban de camino al mar Mediterráneo, sustituyéndolos sin problemas por mí. ¿O no? Yendo aún más lejos, ¿se habrá dado cuenta, en cambio, de que tú no estabas?

Después de haber desparramado los trastos por la casa y de haber guardado unos cuantos alimentos frescos en la nevera, oí de repente alarmantes sonidos guturales en el cuarto de estar. Tal vez, debido a la hora temprana en que se produjo la partida de mis amigos, había comido demasiado o demasiado pronto; tal vez estaba tenso por su ausencia, que habría notado; o tal vez lo había alarmado mi

presencia y el regreso del olor a veneno, un olor que a él tampoco podía pasarle desapercibido. En cualquier caso, volvió a vomitar el desayuno completo, en dos sesiones, breve y casi profesionalmente, en el suelo de madera del cuarto de estar, cuyas tablas a veces están muy separadas, con hendiduras que pueden llegar a ser muy grandes —por antigüedad, desgaste o una mala técnica de colocación, no lo sé—, y después desapareció en el jardín.

*

Como ya dije —y como habrá quedado claro desde el principio, ya desde antes de que empezaras a leer—, ésta no es una carta que vaya a echar al buzón de correos y enviar a tu dirección, aunque la manera en que me dirijo a ti lo haga suponer en este momento, como puedo imaginarme. Es imposible seguir enviándote cartas, y mucho menos este tipo de cartas, en las que hay cosas que pueden ser fácilmente cuestionadas, que no tienen la misma utilidad inmediata para ambos y cuyo mensaje es de muy dudosa importancia para cualquiera. La razón principal para que esto no sea una carta radica, sin embargo, en que yo para ti ya no puedo ser ningún remitente por más tiempo ni tú para mí una destinataria. Por otro lado, no hay nadie a quien me gustaría dirigirle la palabra más que a ti. No estoy seguro de a qué se debe ese deseo..., quizá no sea más que un hábito que no puedo quitarme de encima, como una adicción, incluso aunque no experimente de ninguna de las maneras placer alguno con la droga. Además, no dispongo de ningún mensaje claro, de ninguna opinión, de ningún plan, revelación o expectativa, de ninguna noticia... ni siquiera de ninguna noticia de esas de las que se entera todo el mundo a través de fuentes más modernas, como la noticia que aparece tan extensa y espectacularmente en el periódico que acaba de entrar. Todo se sabe, todas mis palabras son sólo como arrugas en un gurrño de papel: una hoja

que nadie puede alisar, pero que todo el mundo puede leer. En otras palabras, creo haber encontrado una solución para nuestro problema, que se reduce a que ya no existe ningún «nuestro»; confío en que resulte.

En la vivienda de aquí al lado —ésta no es, como bien sabes, una vivienda independiente, sino un amplio chalé adosado— alguien intenta tocar el piano, sin parar, empezando una y otra vez diferentes melodías que acaban en intentos, jirones de música que nunca se mantienen más de dos minutos. La elección musical es de una diversidad peculiar y admirable: he reconocido algo de Beethoven, después algo de Philip Glass, de la banda sonora de *Las horas* y, a continuación, la melodía de *My heart will go on*, creo que es una canción de una cantante famosa, dudo entre Mariah Carey y Céline Dion, y me parece que la canción se utilizó también para la película *Titanic* —no como la música que, desde un punto de vista histórico, tocara la orquesta en el barco, sino como banda sonora—; podría buscarlo en internet, pero les he prohibido a mis amigos que me dieran la contraseña de su red inalámbrica porque he decidido negarme a mí mismo el acceso a internet aquí.

Así pues, alguien intenta crear música en casa de los vecinos, no para un público, aunque el pianista o la pianista debe de ser consciente de que existe la posibilidad de que alguien capte los sonidos, incluso aunque los vecinos estén de vacaciones.

*

No es tan sencillo quedarse aquí, y es incluso muy fastidioso. El año pasado era distinto porque entonces decidimos dejar nuestros apartamentos y, por decirlo de algún modo, instalarnos en la casa a pesar de las reservas que te suscita esta ciudad. Este año, con tu ausencia, no hay nada que me ate a este lugar y parece absurdo que me establezca aquí temporalmente. Mi apartamento se encuentra cerca,